

La inmediatez de las luchas sociales en América latina: ¿Insuficiencia o estrategia?

Candela de la Vega *

Resumen

Las políticas neoliberales que se consolidaron a finales del siglo XX en América latina significaron un reacomodamiento de la geografía social y de su propia dinámica, erigiendo un proyecto donde la *utopía del mercado total* se ofrecía como única alternativa —o por lo menos la más poderosa— frente al derrumbamiento del paradigma bienestarista y frente a las nuevas exigencias de un sistema capitalista que también se reconfiguraba. Se entiende así la nueva apuesta al mercado como forma natural de la vida social. Sin embargo, es aquí donde radica, y por ello se oculta, una característica particular de la racionalidad capitalista neoliberal, el *gobierno de las almas*.

Bajo este escenario, y en respuesta a él, en gran parte de Latinoamérica se han constituido movimientos sociales de base territorial, tanto en el mundo rural como en el espacio urbano, cuya raíz estructural se relaciona a una carencia local y particular, a una reivindicación cercana a la experiencia cotidiana del día a día. A su vez, la actuación de estos patrones sobre los espacios mínimos de la vida, hace que los sujetos inscriban sus voces en ellos como discursos de resistencia, evidenciando dos novedosas características de la conflictividad social: por un lado, es sostenida por nuevos sujetos colectivos, distintos a los que habían ocupado el escenario público en el pasado; por otro, presenta una configuración fragmentada en términos sociales y localizada en términos sectoriales y territoriales, lo que no significa, una manifestación de debilidad o insu-

* Licenciada en Ciencia Política (UCC). Maestranda en Administración Pública (IIFAP-UNC).

Código de referato: SP.54.XV/08.

STUDIA POLITICÆ



Número 15 ~ invierno 2008.

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

ficiencia de la lucha. Argumentar esta posición a través de una perspectiva teórica es el objetivo del siguiente trabajo.

Abstract

The stamp of neoliberal policies consolidated at the end of the 20th century in Latin America meant a restructuration over the social geography and its own dynamics. The *total market utopia* was offered as the unique alternative -or at least the most powerful- facing the collapse of the welfare paradigm and the new requirements of the capitalist system. The market begun to be understood as the natural form of social life. Nevertheless, this is the basis of a particular characteristic of the Neoliberal capitalist rationality which is often hidden: *the government of souls*.

Under this scene, and as a response to it, social struggles and movements have made up and appeared both in rural and urban spaces in Latin America. The origins of these collective subjects are related to a local and particular lack; in other words, they are related to a claim that refers to the ordinary and daily existence. What is more, the Neoliberal government over these minimal spaces of the experience makes these movements inscribe their voices as resistance discourses. This collective subjects show two new characteristics of social conflict: on one hand, it is supported by new collective subjects, different from those who had occupied the public scene in the past; on the other hand, it presents a fragmented configuration in social and territorial terms, which does not mean a weakness or insufficiency. The present article pretends to give some arguments in order to support this position.

Introducción ²

LA impronta de políticas neoliberales que se consolidaron a finales del siglo XX en América Latina significaron una reconfiguración de la geografía social y de su propia dinámica, erigiendo un proyecto donde la *utopía del mercado total* (Lander, 2002), se ofrecía como única alternativa —o por lo menos la más poderosa— frente al derrumbamiento del paradigma bienestarista. El exceso de regulación en todos los ámbitos, la

² Las ideas y reflexiones que incluimos en este artículo se sustentan y enmarcan en el trabajo empírico y teórico realizado en el proyecto de investigación “El llano en llamas: luchas sociales urbanas y rurales en la Córdoba de hoy”, dirigido por la Mgter. Alejandra Ciuffolini y radicado en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, de la Universidad Católica de Córdoba.

Al mismo tiempo, una versión preliminar de este trabajo fue discutida en el marco del Seminario de Posgrado “Sociología Política” dictado por la Maestría en Sociología (CEA-UNC), y también presentada en las IV Jornadas Estudiantiles de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, “Desigualdad, Cooperación y conflicto. Espacio de reflexión y praxis política más allá de las fronteras”, UCC, 9 y 10 de octubre de 2007.

implacable presencia del Estado en ámbitos considerados privados y por ende, el ensanchamiento de la máquina estatal, no podían ser ya los garantes de un sistema capitalista que también se reconfiguraba. La crisis del Estado de Bienestar junto al posterior derrumbamiento de las experiencias de socialismo, dejaban un amplio margen al nuevo consenso neoliberal.

Se levanta, entonces, lo que Lander (2002) llama el mito de una sociedad sin intereses, sin estrategias, sin relaciones de poder y sin sujetos; un perfecto orden espontáneo logrado por las fuerzas impersonales del mercado. Así se entiende la nueva apuesta al mercado como forma natural de la vida social. El Estado mínimo y la desregulación, la flexibilización laboral, el saneamiento fiscal, la apertura comercial; fueron todos instrumentos que respondieron a la necesidad de “ampliar la racionalidad del mercado, los esquemas de análisis que dicha racionalidad presenta y los criterios de decisión que ésta implica, a ámbitos no exclusiva ni predominantemente económicos” (Foucault, 1979: 7).

Este escenario significó también una reconfiguración de las formas institucionales de dominación y de los equilibrios en las relaciones de fuerza. Los dispositivos de poder debieron ser renovados para acomodarse a la nueva dinámica económica y por ende, así lo hicieron las instituciones que de ellos dependían. Por consiguiente, también las formas de resistencia y lucha fueron compelidas a cambiar sus estrategias. Así, frente a los patrones de inclusión y de exclusión trazados por el neoliberalismo se han constituido movimientos sociales de base territorial, tanto en el mundo rural como en el espacio urbano, cuya raíz estructural se relaciona a una carencia vital, propia de la vida cotidiana e inmediata.

Los ejemplos abundan en América latina, y también se repiten bajo formas particulares en Argentina: agrupaciones de campesinos que reclaman por sus tierras, porque de ella depende su alimentación y su supervivencia; comunidades indígenas que reivindican derechos territoriales cuyas implicancias trascienden cuestiones jurisdiccionales y administrativas para alcanzar aspectos sobre autonomía y autodeterminación colectiva; organizaciones que se levantan contra un uso y extracción de los recursos naturales ubicados en sus suelos que constituyen no tan sólo fuentes de contaminación y de enfermedades, sino también fuentes de expropiación y pobreza futura; movimientos de desocupados que muestran la pobreza, el hambre, la enfermedad y la desprotección e incertidumbre que significan estar en los márgenes del sistema; minorías sexuales que pugnan por revelar cómo la elección sexual condiciona el acceso a la salud, el trabajo, la vivienda, y por ende, ponen en juego su vida y, por ende, su muerte.

En este marco, el nivel de conflictividad social en respuesta a la aplicación del recetario neoliberal muestra dos novedosas características que nos inte-

resa destacar en esta ocasión: por un lado, es sostenida por nuevos sujetos sociales colectivos, distintos a los que habían ocupado el escenario público en el pasado; por otro, presenta una configuración fragmentada en términos sociales y localizada en términos sectoriales y territoriales, lo que no significa, y esto es lo que trataremos de argumentar en este trabajo, una manifestación de debilidad o insuficiencia.

En vista de ello, la primera parte de este trabajo intenta describir las particulares formas que adquiere el dispositivo de dominación bajo el proyecto neoliberal; especialmente, se pretende evidenciar el ejercicio del poder sobre los aspectos más cotidianos e inmediatos de los sujetos. La segunda parte se avoca a dar claves para comprender la potencia de la fragmentación y localización de los procesos de lucha en la Latinoamérica actual desde el punto de vista de su capacidad de rechazo y objeción. Por último, el artículo explora el aspecto creativo e innovador de los procesos de resistencia, que, al ser también múltiples y locales, vuelven a desafiar desde otro punto de vista a los patrones totalizantes del poder.

Un gobierno de las almas, un gobierno de la vida

El neoliberalismo en América latina se presentó como el discurso sobre el fin de los excesos de regulación en el funcionamiento de la economía y en lo que se ha denominado como el “sector privado”. Sin embargo, en esta misma estrategia se silenció el perfeccionamiento que se operaba sobre las condiciones de posibilidad de ese funcionamiento aparentemente no regulado. Hacer que la “no-regulación” funcione, necesita, inevitablemente, algún tipo de regulación que lo haga posible. De este modo, las intervenciones liberales pueden ser tan numerosas como las intervenciones keynesianas, “la libertad del mercado requiere una política activa y extremadamente vigilante” (Lazzarato, 2005: 4). Cuál es el primer y más escondido objeto de regulación es lo que aquí se trata.

Una característica particular de la racionalidad capitalista neoliberal es el *gobierno de las almas*. Como dice Foucault, a pesar de que el liberalismo actúa bajo la “sospecha de que se gobierna demasiado” (Foucault, 1979: 6), él mismo se convierte en un esquema regulador del orden social. Así, este gobierno debe entenderse, como una conducción de conductas, como una acción sobre otra acción. Gobernar es “estructurar el campo de acción eventual de otros” (Foucault, 1989: 30).

Lazzarato (2005) explica esta necesidad de gubernamentalidad del neoliberalismo en la exigencia de funcionamiento del mercado (competencia, equi-

librio, precios, etc.), es decir, no se trata de intervenir *en* el mercado, sino *por* el mercado, a partir de las condiciones que constituyen su posibilidad: las condiciones sociales, culturales y territoriales, la educación, los derechos de propiedad, la vida del trabajador; en suma, aquello que permite un supuesto libre juego entre oferta y demanda que definirá el precio de equilibrio.

Esto trae a primera plana el tratamiento del trabajo —y por tanto, del sujeto trabajador— como factor de producción, y consecuentemente, como una de esas condiciones de funcionamiento de la utopía del mercado. Considerar al sujeto trabajador importa, desde la gubernamentalidad neoliberal, disponer sobre “su situación real, concreta, desde la mañana hasta la noche, de la noche hasta la mañana” (Lazzarato, 2005:4). Es esta regulación sobre la vida —y sobre la muerte— que los dispositivos de poder comienzan a llamarse tecnologías de biopolítica.

Hay que invertir en este “capital humano” para aumentar la producción, hay que manejar, más que su tiempo de trabajo, el tiempo de su vida. Esto incluye: cuándo come, cuándo no; cuándo se enferma o cuándo accede a sistemas de salud, cuándo no; cuándo vive bajo un techo, cuándo no; hasta cuándo se educa, hasta cuándo ya no es necesario. Por lo tanto, la desregulación formal de la economía, sin riesgo de perder la orientación capitalista, es posible y funcional gracias a la regulación implícita de la vida concreta e inmediata; esta regulación de la vida es la que determina las posibilidades y limitaciones de los sujetos dentro del sistema de mercado y fuera de él.

La biopolítica engloba, pues, una serie de dispositivos heterogéneos de intervención en la vida, creando y accionando sujetos en su accionar. La antigua lógica que Foucault había identificado con el poder pastoral del cristianismo, se reedita, se transforma, se adapta a la nueva realidad del capitalismo global. El control y modificación de la vida forma una potente unidad con la lógica del capital, y esto sigue siendo así tanto al considerar la vida en su aspecto biológico,³ como en la nueva dimensión de tiempo-potencia que propone Lazzarato (2006), es decir, como espacio de innovación, de creación permanente, de reversibilidad y virtualidad.⁴ Los plantea-

³ “Para la sociedad capitalista, lo más importante es la biopolítica, lo biológico, lo somático, lo corporal” (Foucault, citado por Hardt y Negri, 2002: 39).

⁴ Para Lazzarato, después de la Segunda Guerra mundial, la biopolítica no debe entenderse con mayor énfasis en la regulación biológica de la especie, sino más bien, usando categorías del autor, en el intento de modular las diferencias y regular las minorías. Aun cuando las primeras formas de biopolítica no desaparezcan, las segundas se intensifican. Sin embargo, consideramos que ambas dimensiones están profundamente relacionadas.

mientos de Deleuze acerca de la *inmanencia* de la vida misma, o de Virno, sobre la *multitud*, se acercan a esta última idea.

Esta “economía política” de la que habla Foucault, busca maximizar las relaciones de fuerza y, en tanto gestión de la vida, pretende también reproducir las condiciones de existencia de una población. De ese modo, se van estructurando los patrones de exclusión y de inclusión en estados de dominación que pretenden extraer más fuerza de esas posiciones y controlarlas estratégicamente.

Es que por debajo de este control nos encontramos con un supuesto de realidad infinitesimal, local y múltiple de las fuerzas sociales; complejidad que el poder intenta controlar y unificar. Preocupado por incorporar todos los elementos de la vida social, este ejercicio del poder “revela al mismo tiempo un nuevo contexto, un nuevo ámbito de máxima pluralidad e incontenible singularización: un ámbito del acontecimiento” (Hardt y Negri, 2002: 38). Vida inmediata y acontecimiento, multitud o inmanencia, son todos nombres de la potencia y variabilidad social; en última instancia, esto es lo que amenaza al poder desde todos lados y lo que necesita inevitablemente mantener vigilado.

Así, la vida se transforma en un campo de batalla donde entran en tensión estrategias simultáneas y contrarias de sujeción, subjetivación e individualización. Desde allí, Negri reconoce que ya desde hace más de un siglo “estamos habituados a asumir en nuestra percepción de la vida no sólo la experiencia violenta de las relaciones de producción capitalista (y de la consecuente relación con el Estado), sino también los sufrimientos singulares de los sujetos que la sobrellevan” (Negri, 2007: 102). Nuevamente la unidad entre el capital y el gobierno de las almas, de las vidas, se hace evidente y se cristaliza en cada porción minúscula de las relaciones sociales.

Resistencia: objeción y rechazo

Frente a la nueva configuración de los dispositivos y tecnologías de poder, muchos siguen sin entender por qué aquellos que le resisten no se unen en un mismo objetivo. Por el contrario, les desconcierta tantos reclamos dispersos: el agua, el trabajo, los recursos minerales o petrolíferos, la tierra, la vivienda, la salud, el gas, los hijos. Para comprender esta fragmentación y localización de las luchas sociales nos serviremos de la categoría foucaultiana de resistencia, lo que conlleva a considerar dos aspectos inseparables de tal concepto: la resistencia como momento de objeción y rechazo, y la resistencia como momento creativo. Trataremos en este apartado el primer aspecto de la resistencia como práctica.

Partimos del supuesto de que no se puede estar nunca fuera del poder, y que éste es coextensivo al cuerpo social, lo que no quiere decir que “estemos atrapados de cualquier forma” (Foucault, 1992: 181). Es que se está pensando en un sujeto activo, en un sujeto libre. Esta libertad se asienta sobre la posibilidad siempre existente de cambiar la situación. Por ello estamos frente a tensiones que ponen en juego libertades, en tanto que el poder supone tal libertad. De esta unión entre poder y libertad se excluye a la violencia y a la coerción como principios fundantes, aunque no se niega que en ellas se haga uso de estos medios. A su vez, la variable existencia de una posibilidad de reversibilidad es lo que distingue a una *relación estratégica de poder*, de un *estado de dominación* donde “las relaciones asimétricas que toda relación social contiene son cristalizadas y pierden la libertad, la fluidez y la reversibilidad de las relaciones estratégicas” (Lazzarato, 2000: §5).

Ahora bien, estamos frente a procesos de resistencia caracterizados por la inmediatez y concretitud de sus demandas. De ahí que muchos no pueden encontrar coherencia entre una agrupación indígena en la ciudad de La Paz que reclama derechos colectivos de propiedad de la tierra frente a las instalaciones de una empresa multinacional; un colectivo en Brasil que denuncia la deforestación y destrucción del hogar natural de vida de múltiples comunidades al frente de una cumbre mundial o regional de mandatarios; y una agrupación de desocupados en la ciudad de Córdoba que se aglutina al frente de una oficina de gobierno para exigir aumentos de los planes sociales y alimentarios.

Estas luchas son luchas inmediatas, cercanas a la experiencia concreta y más asible del sujeto; de ahí su singularidad, sus particulares características. En esa esfera es que el adversario se vuelve reconocible, localizable en tiempo y espacio; allí se puede dibujarle un cuerpo, una identidad que lo vuelva identificable dentro de la propia experiencia. Un adversario sin rostro y sin presencia vuelve dificultosa la tarea de explorar la lógica de sus prácticas y configurar al mismo tiempo las tácticas para enfrentarlo.

En este sentido, Foucault afirma que esta inmediatez de las luchas viene dada por dos motivos. “Primero, porque la gente critica la instancia del poder que le es más próxima, las que ejercen su acción sobre los individuos. No busca al “enemigo número uno” sino al enemigo inmediato” (Foucault, 1989: 16). Y así es que empresarios, funcionarios del gobierno, miembros de agrupaciones opuestas, medios de comunicación, etc., vienen a tomar la cara de adversarios que se tornan más concretos cuando se identifican con un nombre y apellido.

En segundo lugar, estas luchas son inmediatas porque “no creen que la solución a su problema pueda residir en un futuro incierto (es decir, en una

promesa de liberación, de revolución, en el fin del conflicto de clases)” (Foucault, 1989: 16). De aquí que, en principio, se trate de *luchas anárquicas*, que no nacen como imperativos de fines abstractos ni de un proyecto futuro de sociedad, sino que se erigen en contra de un poder que se ejerce sobre la vida cotidiana, “que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su individualidad propia, los liga a su identidad, les impone una ley de verdad que se ven obligados a reconocer y que los otros tienen que reconocer en ellos” (Foucault, 1989: 17).

De esta forma se legitiman y adquieren sentido las luchas con tan particulares demandas en tanto que denuncian como intolerable el ejercicio del poder que se realiza dentro de su propia esfera, en lo más cercano a su subjetividad. Y aquí radica el carácter estratégico de las mismas: en tanto que se conoce el blanco y el método perfectamente por la propia inmediatez en la que se debaten, se convierten en el primer paso exitoso para otras luchas contra el poder: “designar los lares, los núcleos, hablar de ellos públicamente, es una lucha, no porque nadie tuviera aún conciencia de ellos, sino porque tomar la palabra sobre este tema, forzar la red de la información institucional, nombrar, decir quién ha hecho qué, designar el blanco, es un primera inversión del poder, es un primer paso para otras luchas” (Foucault, 1979: 90).

Su inmediatez, su localidad y su multiplicidad no deben ser vistas como debilidades e insuficiencias,⁵ ya por ese carácter estratégico, ya por que no responden a un único patrón de orden. Lo contrario importa, en realidad, desconocer la naturaleza del ejercicio del poder. No hay una única instancia de dominados y dominadores, sino múltiples relaciones de dominio que son parcialmente integrables en estrategias totalizantes. Por eso es que el poder se organiza como estrategia global de represión, más o menos coherente y unitaria, en busca de preparar y organizar un futuro próximo.

En este sentido se entiende que las luchas no se reducen a la lucha de clases, aunque puedan “servirla”,⁶ ni tampoco son las “terminales” de otros

⁵ Esta es la crítica que Foucault hace a quienes acusan de reformismo a estas luchas por sus objetivos aislados y locales, diciendo que “el adversario podrá solventar la situación en este punto preciso, ceder si es necesario, sin comprometer nada de su situación de conjunto; y lo que es más, se dará cuenta, a partir de ellos, de los puntos de transformación necesarios; y por ahí los recuperará” (Foucault, 1979: 182). Este es un argumento que se basa en dos errores que el autor explica: el desconocimiento de la reforma estratégica y el sostenimiento de la teoría del eslabón más débil. (ver FOUCAULT, M. “Poderes y estrategias” en *Microfísica del Poder*, La piqueta, 1992).

⁶ “Las relaciones de poder sirven, en efecto, pero no porque estén al servicio de un interés económico dado como primitivo, sino porque pueden ser utilizadas en sus estrategias (...) La lucha de clases puede no ser así la ratio del ejercicio del poder y ser, sin embargo, garantía de inteligibilidad, de ciertas grandes estrategias”. Aunque en este sentido,

mecanismos más fundamentales. Más bien, se trata de complejas relaciones entre los tres tipos de lucha que el autor reconoce: luchas contra la dominación, luchas contra las formas de explotación y las luchas de sumisión. Las relaciones de poder sirven, en efecto, pero no porque estén al servicio de un interés económico dado como primitivo, sino porque pueden ser utilizadas en sus estrategias. La lucha de clases puede no ser así la *ratio del ejercicio del poder* y ser, sin embargo, garantía de inteligibilidad, de ciertas grandes estrategias. No se rechaza la categoría de clase, pero, en suma, ésta no se explica únicamente por una estructura económica. En ella también convergen multiplicidad de relaciones de poder.

De esta forma, el barrio, la tierra, los recursos naturales, el agua, el gas, la luz, la comida, el trabajo, los hijos, la vivienda, la pobreza, son todos elementos que aglutinan y sientan bases para la constitución de sujetos colectivos que “provocan” el ejercicio del poder, que lo cuestionan, que lo coorren y muestran la confianza en la *intransitividad de la voluntad* (Foucault, 1990) desde la multiplicidad de la experiencia local y concreta.

Al mismo tiempo son ámbitos que muestran la modulación, tanto de lo biológico, como de la posibilidad de virtualidad de los sujetos en una inextricable conexión. Por un lado, las condiciones de alimentación, de salud, de vivienda, de reproducción, entre otras, limitan considerablemente la creatividad potencial de un sujeto, su capacidad de inventar e instrumentar dispositivos que puedan hacer entrar en crisis la estrategia totalizante del poder; y por otro, las estrategias de supresión y control de la multiplicidad incluyen, entre otras cosas, mecanismos explícitos de administración de la vida de una población.

Así, nos proponemos hacer eco de la queja de Foucault cuando advierte que “a los movimientos populares se les ha presentado como producidos por el hambre, los impuestos, el paro; nunca como una lucha por el poder, como si las masas pudiesen soñar con comer bien pero no con ejercer el poder” (Foucault, 1992). Estos movimientos son “producidos” por el hambre, y es justamente por ello y por su denuncia que se pone en evidencia la relación de fuerza. Usando las palabras del autor, las masas sueñan con comer, pero allí radica el lugar desde el cual se emprende un proyecto más amplio de ar-

resulta interesante reconocer algunas concesiones que Foucault realiza a la lucha de clases cuando afirma que estas luchas locales contra el poder entran en el proceso revolucionario como aliados del proletariado ya que “si el poder se ejerce tal como se ejerce, es ciertamente para mantener la explotación capitalista. Sirven realmente a la causa proletaria luchando precisamente allí donde la opresión se ejerce sobre ellos (...) y estos movimientos están unidos al movimiento revolucionario del proletariado mismo en la medida en que él ha de combatir todos los controles e imposiciones que reproducen en todas partes el mismo poder” (Foucault, 1992: 92-93).

ticulación y transformación, que no se agota en “la comida”, “la tierra” o “la vivienda”.

Resistencia: creación y reapropiación colectiva

Aquí es donde entra a jugar el segundo momento de la resistencia como práctica, éste conlleva un componente más radical y decisivo, aun cuando muchas veces es pasado por alto: el movimiento creativo que de ella se desprende. “La resistencia no es únicamente una negación, es un proceso de creación. Crear y recrear, transformar la situación, participar activamente en el proceso, eso es resistir” (Foucault, citado por Lazzarato, 2000: §6) Se trata de crear formas de acción que escapan a los biopoderes, y en ese mismo paso, crear también nuevos modos de relacionamiento en la constitución de uno mismo y en la constitución de los demás. La explosión simultánea de estos procesos en múltiples coordenadas potencia la ineffectividad de los dispositivos totalizantes.

Bajo esta línea, el mismo autor explota esta dimensión creativa de la resistencia cuando reconoce dos planos en los que actúan los movimientos políticos post mayo del '68. En el primero, la lógica del rechazo, de la división, de la fuga fuera de las instituciones, reglas y medidas de una mayoría, que suceden sobre un mundo común que no es para todos. En el segundo plano, la resistencia se manifiesta como invención, efectuación y bifurcación de mundos posibles, como afirmación de la diferencia a través de la creación. “Fuga en el primero plano y constitución (creación y actualización de los mundos) en el segundo; prácticas de sustracción política en el primero y estrategias de *empowerment* de los mundos posibles en el segundo”⁷ (Lazzarato, 2006:189).

De esta forma, la acción política se concentra justamente en esta tensión entre los estados de dominación cristalizados en instituciones, y en la posibilidad de construcción colectiva de nuevas formas de relaciones entre sujetos. Esto es, entonces, la elaboración de nuevas técnicas de gobierno, en

⁷ Estas dimensiones se acercan notablemente a los conceptos de “monstruo político”, de Negri, y de “multitud”, de Virno. Para Negri (2007), el monstruo político es pura afirmación de la virtualidad creadora y resistencia a las capturas del biopoder; es esa multitud anárquica y viviente sin forma ni jerarquía que esquivo la trascendencia de un poder moral y totalizante que “hace” la vida y los cuerpos de acuerdo a principios de selección y distribución jerárquica de una humanidad normativa frente a la cual toda resistencia, desvío o error sólo puede emerger como monstruo. Para Virno la multitud indica esa “pluralidad que persiste como tal en la escena pública” (Virno, 2003:11), sin converger en un Uno; es la forma permanente de existencia social y política de los muchos en tanto muchos.

tanto “conjunto de prácticas por las cuales se puede constituir, definir, organizar, instrumentalizar las estrategias que los individuos, en su libertad, pueden tener unos en relación con los demás” (Foucault, citado por Lazzarato, 2006: 225)

Este conjunto de nuevas prácticas de lucha que desde allí se construyen, en tanto creaciones de resistencia, resaltan, a primera vista, dos consideraciones. En primer lugar, estos movimientos rechazan las prácticas de representación, reivindicando para sus estructuras organizativas, prácticas asamblearias y mecanismos de participación más directas. La dicotomía, representado y representante, y la distancia que entre las dos partes opera, se disuelve mostrando la “indignidad de hablar por otros” (Deleuze, 1992: 89)⁸. Es que la representación supone la reconducción de lo diferente, de lo singular, de lo particular, hacia un Uno, ni siquiera necesariamente común.

Esto supone un reto tanto para el modo de funcionamiento y organización interna de cada movimiento como para su forma de relacionarse con otros sujetos colectivos. Para ambos aspectos, se entiende el imperativo de Deleuze acerca de la necesidad de no totalizar, mediante centralismos y jerarquías, aquello que es totalizado por el poder: “lo que nosotros podemos hacer es llegar a instaurar conexiones laterales, todo un sistema de redes, de base popular” (Deleuze, 1992: 86). En esta misma línea se encuentra el concepto de *coordinación* que propone Lazzarato como forma de organización de la multiplicidad, de clara lectura deleuziana: “la forma general de la organización no es vertical y jerárquica como la de los partidos y de los sindicatos, sino la de una red distributiva, donde actúan métodos de organización y de toma de decisión diferentes que coexisten y se agencian de manera más o menos feliz” (Deleuze, 2006: 206).

En este sentido, los procesos de convergencia que trascienden lo local en tanto espacio geográfico —pero sin dejar de reivindicarlo— han cobrado gran impulso en los últimos años y constituyen, por su amplitud e inserción

⁸ De esta crítica a la representación se desprende también la crítica a la hipocresía de la noción de reforma que realiza Deleuze, en su diálogo con Foucault, “O bien la reforma es elaborada por gente que se pretende representativa y hace profesión de hablar por otro, en nombre de los otros, con lo cual se produce una instalación de poder, una distribución de poder a la que se añade una represión acrecentada. O bien es una reforma reclamada, exigida por aquellos a los que concierne, con lo cual deja de ser una reforma, es una acción revolucionaria que desde el fondo de su carácter parcial, se ve determinada a poner en cuestión la totalidad del poder y de su jerarquía” (Deleuze, 1992: 86). Es que el supuesto es que los que actúan y luchan han dejado de ser representados, “aunque sea por impartido, un sindicato que se arrogaría a su vez el derecho de ser su conciencia” (Deleuze, 1992: 84).

geográfica y su nivel de convocatoria en términos de movimientos y colectivos sociales, una experiencia sin precedentes que toma sentido en la oposición a la consagración neoliberal en el mundo (Seoane *et al*, 2006). A nivel internacional, El Foro Social Mundial, la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo, la Cumbre de los Pueblos de las Américas; a nivel nacional, la Unión de Asambleas Ciudadanas, el Frente Popular Darío Santillán; a nivel provincial, la Coordinadora Antirrepresiva, la Asociación de Productores del Noroeste de Córdoba, el Encuentro de Organizaciones o la Asamblea Ambiental Traslasierra Despierta. Entre otras diferentes articulaciones, estos procesos pueden dar fe de la coordinación de las multitudes sin que se pierda el carácter de lo local.

Así, nuevos sujetos y nuevas prácticas se establecen a partir de la ruptura de las divisiones instituidas por el patrón de la mayoría, entre ellas, las de representante-representado, individual-colectivo, campo-ciudad, público-privado. Esta última es el eje de la segunda novedad de las luchas que en esta ocasión tratamos.

Es en la vida donde el poder establece su fuerza —la muerte es su límite—, lo que se torna el punto más secreto de la existencia, el más privado, el más desprovisto de voz. Este es el “secreto” al que se opone el discurso de la lucha (Foucault, 1992). Si las estrategias neoliberales provocan y moldean la vida constantemente, a la vez encierran y deslegitiman cualquier oposición y cuestionamiento a través de la fórmula público-privado, las prácticas que le resisten deben denunciar tal ordenación y traspasar esas distinciones. Las sociedades, vueltas población, inscriben líneas de lo político, haciendo de la salud, el hambre, la pobreza, el trabajo, la tierra, una instancia de permanente lucha, intervención y politización. La vida se vuelve ese eventual error (Foucault, 2007) que desafía la normalidad construida de lo privado.

No se trata de volver político algo que antes no lo era —esto es, la vida y sus condiciones—, sino de mostrar la estrategia de ocultamiento de esa política. Aquellas condiciones, espacios, prácticas y modos de vida que habían sido significados bajo el discurso de lo privado y lo individual se les reclama ahora la legitimidad para ser debatidos y movilizados en una relación de poder; en el mismo acto se efectiviza tal legitimidad: al denunciar que no se habla de ellos, se está hablando de ellos. La pobreza, la subsistencia, la tierra, el barrio, el desempleo, muestran ámbitos atravesados por relaciones de poder, incluso ya estratificados en instituciones, y por ende, ámbitos que nada tienen de individuales y aislados, o que no comportan movilizaciones de intereses múltiples.

Frente a esto, la novedad de las prácticas de estos movimientos se basa entonces en la reapropiación comunitaria del espacio de la vida. La resolución

colectiva de necesidades sociales y la expansión de experiencias de autogestión productiva dan cuenta de la extensión de “formas de reciprocidad, es decir, de intercambio de fuerza de trabajo y de productos sin pasar por el mercado, aunque con una relación inevitable, pero ambigua y tangencial” (Quijano, citado por Seoane *et al.*, 2006: 242), de modo de configurar un orden alternativo. Ya sea de forma estable o temporaria, los comedores barriales, roperos y huertas comunitarias, autogestión de planes y créditos sociales, fábricas y empresas dirigidas por los propios trabajadores, ponen en jaque y trazan una línea de fuga dentro de las instituciones de dominación vigentes.

Conclusión

Subestimar el poder explosivo y reactivo de las luchas sociales en la actualidad, por su configuración local y sus demandas casi únicas e irrepetibles, es desconocer que la experiencia de dominación es más insoportable cuando se vive en la vida cotidiana e inmediata. No es por falta de conciencia o táctica que los movimientos populares hacen pie en los reclamos más básicos y concretos. Lo local y lo fragmentado de las luchas —su fundamento cotidiano—, no revela una falta, una insuficiencia; su carácter estratégico viene dado por ser un espacio de exclusión permanentemente vivido, sentido y manejado. No es desde la idea de cambio social que se deduce la consigna de acabar con la pobreza o la miseria, sino que desde la opresión diaria del no comer o del no dormir es que se piensa en una transformación social más estructural.

Si no lo creemos así, es porque estamos adentro de un discurso totalizante que busca suprimir las particularidades de lo local, controlarlas incluso al momento del cambio. Si una lucha ha de ser realmente resistencia, deberá insumirse por y desde los márgenes, creando un nuevo orden de relaciones, una nueva matriz de subjetivación desde su propia y más cercana experiencia. Es hacer estallar el secreto que ocultaba la politicidad de la vida, es dar cuenta de aquella indignidad de hablar por otros, es resistencia y creación.



Bibliografía

- FOUCAULT, Michel (1979) “Nacimiento de la biopolítica”. (On line) *Revista Archipiélago*. (Consulta: 29/10/2007), www.nodo50.org/dado/textosteoría/foucault1.rtf
- . (1989) *El poder. Cuatro conferencias*. UAM, México.
- . (1992) *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.

- FOUCAULT, Michel (2007) “La vida: la experiencia y la ciencia” en GIORGI, G. y RODRÍGUEZ, F. (comp.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Paidós, Buenos Aires.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2002) “La producción biopolítica” en *Imperio*. Paidós, Buenos Aires.
- LANDER, Edgardo. (2002) “La utopía del mercado total y el poder imperial”. (On line) Venezuela: Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales. (Consulta: 29/10/2007) <http://revele.ing.ucv.ve/humanitas2/publicaciones/REVISTA%20VENEZOLANA%20DE%20ECONOMIA%20Y%20CIENCIAS%20SOCIALES/pdf/Vol18-N2/pag51.pdf>
- LAZZARATO, Maurizio. (2000) “Del biopoder a la biopolítica”. (On line) Revista *Multitudes* (Consulta: 29/10/2007), <http://www.brumaria.net/textos/Brumaria7/07mauriziolazzarato.htm>
- . (2005) “Biopolítica/Bioeconomía”. (On line) *Revista Multitudes* (Consulta: 29/10/2007), <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/0401-LAZZARO-ES-2.pdf>
- . (2006) *Políticas del acontecimiento*. Tinta Limón, Buenos Aires.
- NEGRI, Antonio (2007) “El monstruo político. Vida desnuda y potencia” en GIORGI, G. y RODRÍGUEZ, F. (comp.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Paidós, Buenos Aires.
- SEOANE, José; TADDEI, Emilio y ALGRANATI, Clara. (2006) “Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América latina” en Atilio BORÓN y Graciela LECHINI, *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América latina*. CLACSO, Buenos Aires.
- VIRNO, Paolo. (2003) *Gramática de la multitud*. Colihue, Buenos Aires.